

CLUB DE MONTEROS

Por EDUARDO TIJERAS

CUANDO se acortan los días y la incipiente neblina invade los collados y suaviza los duros perfiles de la sierra; cuando se oye el bramido de los ciervos en celo y las primeras lluvias ablan los penetrantes olores de la tierra mojada; a bellotas maduras, se levanta entonces la veda y empiezan a oírse en los colos de caza mayor las primeras furiosas ladras de las rchulas, el cuerno del podnquero, la angustiosa huida de las reses "rompiendo monte", los disparos de los monteros. Queda turbado el impresionante silencio de las barrancadas, todos los estambes, se estremecen. Se trata de una gran batalla. A cada cazador se le ha asignado un puesto. Entre todos rodean el terreno de caza—la mancha—y aguardan con el rifle entre manos, temblando de emoción, a que los podencos saquen en vértiginosa carrera al hirsuto jabalí, al majestuoso ciervo, a la legendaria "capra hispánica".

La vocación es un deporte socialmente extremo, ya que lo practican las clases más acomodadas—propietarios de colos, amigos, todos los que dispongan de los suficientes y nada despreciables medios económicos—y los zurroneiros o cazadores furtivos que, además de actuar fuera de la ley, cazan por oficio y no por vocación y atienden a formas arcaicas de vida; es decir, que se hayan todavía sometidos al imperio del monte, con sus ancestrales influencias de instinto, astucia, resistencia animal e inteligencia embrionaria.

Sabido es que el lema del buen montero—"Cazar no es matar"—ofrece, entre otras cosas, una paradoja sutil. Paradoja porque la muerte de la res, se siga el procedimiento que se siga, es la culminación emocional de todo el tinglado (coto, perros, caballerías, armas, guías, etc.), y sutil porque, siendo esto que hemos dicho una verdad objetiva, si sólo se tratara de matar, el hombre podría esgrimir infinidad de procedimientos expeditivos y que apenas le ocasionaría molestias, ni a él ni al venado. Sin embargo se somete a la fragosidad e inclemencia de las serranías, no emplea armas de repetición, da oportunidades de huida a la res y procura siempre mantener cierto equilibrio entre las posibilidades defensivas y agresoras de ambos contendientes. Nostalgia, repulsa y refinamiento. Nostalgia de la vida primitiva, repulsa de los progresos de la civilización y refinamiento en el hallazgo del equilibrio. Esto tenía que darse en una clase social elevada, aparte de que las grandes posibilidades económicas pueden conducir al "vacío de la mecanización".

En dicho sentido se dan la mano, tras una larga incursión espiritual, el duque, el conde, el ingeniero, con el zurroneiro, que por regla general ignora el refinamiento venatorio al haber permanecido ajeno a la evolución y al no estar de vuelta de nada.

Se precisa ahora una aclaración, no por sabida menos interesante: cualquier tema es susceptible de gran desarrollo. En cualquier tema, ya sea la pesca del salmón o el arte de la ociosidad, concurren variedad de circunstancias históricas, vivenciales y especulativas, a las que el artículo de periodismo sólo puede aspirar remotamente. Este cubre, pleno sentido, si se llena en un espacio del Club de Monteros. (Foto C. Martín.)

cuenta, además de la nutrida bibliografía, el hecho de que Ortega y Gasset—sin cuya existencia tendríamos en España cincuenta años menos de edad mental—haya hablado en extenso de la actividad venatoria y considerado sus motivaciones históricas, técnicas y sociológicas, unidas en calidad de prólogo a "Veinte años de caza mayor", hermoso libro del conde de Yebes, experimentadísimo y conocedor a fondo de la predatoria función (echadas de las manchas, rchulas, lances, procedimientos, monteros, furtivos, rifles, indumentos...). Cito también, aunque ya sin haberlos leído, a Barahona de Soto, Argote de Molina y duque de Almazán. Pero entre el filósofo y el cazador Ortega-Yebes han creado, aun tratándose casi de dos libros independientes, la síntesis que creo más completa y recomendable y aplicable siempre al medio geográfico y mental ibérico. En cuanto al medio geográfico se refiere quiero destacar algún párrafo descriptivo del libro de Jaime de Foxá, prologado por Halcón, "Solitario". Foxá, por sus cargos oficiales y su

vehementísima vocación, es un especialista en tener en cuenta: "En los límites de Ciudad Real y Jaén, entre Puertollano y Arévalo, bajo cielos rabiosamente azules, o desoladamente fríos, corre una teoría de jorobas y valles, herida por barrancos profundos y coronada de ribes de pizarra y alcañones enfermos. Son lomas engabosamente verdes, cubiertas a la vista por un color afable que enmascara pedregales secos y tierras áridas donde apenas puede tenerse el hombre en pie".

Con estas lecturas y un par de conversaciones con Foxá no es que se haya enriquecido ni cultura cinética, es que he trabado, simplemente, conocimiento con el tema, tras lo cual y sin salirse del marco reseñado ya es posible iniciar el mencionado enriquecimiento, o sea, ver por uno mismo, sentir en la carne el bramido del ciervo, reventarse las piernas en las pedrizas, beber un trago de coñac en los fríos apañeceros, observar la actitud de la gente del campo—pastores, cazadores furtivos, podenqueros—con respecto a los señores monteros de la ciudad, percibir el hábito maduro y triste de las montañas de otoño, con su vegetación ruinosa como la de Sierra Morena, exultante como las de Asturias o encinosas y alcornocadas como casi todas las de España...

En nuestra Península existen las siguientes piezas de caza mayor: ciervo, jabalí, linco, lobo, oso, rebeco, corzo, gamo y mucho montés o "capra", que se distribuyen por toda la accidentada geografía. Sus inodos y tiempos de caza son variados y pueden citarse los de tonda, el salico, el aguardo,



el vaqueo, la bernea, el rececho y la atalaya, además del procedimiento de la gran batida.

Como datos curiosos mencionaremos que, con independencia del alquiler de perros, manutención, guías, equipos, etc., disparar una bala cuesta cinco duros. Los osos se encuentran únicamente en las montañas de Asturias. Los cérvidos mudan la cuerna anualmente y las hembras las roen con gusto. Del jabalí sólo se conservan como trofeo los colmillos. En cuanto a la importancia de los trofeos cornudos—a efectos de batir marcas—, su medición, sus sistemas de valoración, origina verdaderas perplejidades a los entendidos. La taxidermia puede conservar un trofeo de dos maneras: naturalizándolo o "craneándolo". El primer procedimiento es el más difícil y caro, pero el segundo posee unas extraordinarias y exóticas propiedades decorativas. Resumiendo, el deporte de la caza mayor, con sabor a pólvora, a pelajes agrestes y a sangre, utilidad o deporte que en lo esencial no ha variado desde el paleolítico hasta nuestros días, es uno de los cordones umbilicales con que el hombre, al decir de Ortega, descansa de la Historia volviendo transitoria y artificialmente a la Naturaleza en el deporte que es la caza. "Somos de condición tan paradójica que cada día requerirá mayor artificio darnos el gusto de ser algunas veces "seres naturales." En este sentido se valora el cansancio, las noches en vela, el riesgo, la eutrapélica arma de dos cañones y todo lo conducente—pese a que el empeño ya comporta su artificio—a mantener la dimensión primitiva y naturalmente de la actividad predatoria.

Pero el hombre es realmente ambicioso. Si el inevitable progreso lo ha sacado de su estado de cazador natural y utilitario y el hombre ha sabido volver, desde la cansada cumbre del asfalto, las atmósferas climatizadas y el muelle tapizado de los sillones, ha sabido volver a chapotear en las bañías, a aguardar pacientemente el surgir por entre los matorrales de una cornamenta de las llamadas catedralicias, no por eso queda conforme. Las dos propuestas al parecer—como si dijéramos, oficina y monte—no acaban de satisfacer todas las exigencias. Es demasiado violento el contraste y el asunto requiere, pues, una fórmula de transición. Surge así el Club de Monteros, con el cual se cubren ya las tres etapas. El Club de Monteros, enclavado en los bajos de un lujoso hotel madrileño, con atmósfera refrigerada, instalaciones de buen gusto, socios distinguidos y trofeos de caza valiosos decorando las paredes y recordando—esto es importante—que se trata precisamente de una sociedad venatoria, ofrece al aficionado a la montería, a dos pasos del despacho, de su vida civil, la delicada y ya mencionada fórmula de transición, pues participa como un islote intermedio de las dos propuestas fundamentales.

El Club, que preside Eduardo Yebes, además de las instalaciones normales—biblioteca, bar, restaurante—, organiza ciclos de conferencias y proyecta films. Es un medio de coordinar las actividades cinegéticas nacionales e internacionales de sus miembros. Precisamente para el próximo octubre se prepara un ciclo que versará sobre los cazadores españoles en el mundo. Se pronunciarán conferencias y se proyectarán diapositivas o películas relativas, por ejemplo, a la caza del oso polar ártico, del venado andino, etc. De sus proyectos cabe mencionar la organización de monterías y la adquisición de algún coto. El Club de Monteros ha cubierto un vacío y ha prestado unidad a la dispersa grey de los rastreadores de reses.

Eduardo TIJERAS

PERSONAS

MAX JACOB

CUANDO murió este poeta, unos meses antes de terminar la segunda guerra mundial, algunos periódicos anunciaron, en pocas líneas, que había fallecido el "pintor" Max Jacob. Tan poco se sabía de él, entonces, que ni siquiera en la muerte se le atribuyó su verdadera profesión. Había estado oscurecido y oculto durante la invasión alemana en Francia. Judío de nacimiento (aunque católico de religión desde muchos años antes de la guerra), Jacob fue perseguido y vejado, y su muerte, sin duda precipitada por los sufrimientos que hubo de soportar. Le hicieron ponerse la estrella "infamatoria" a la espalda, y le mantuvieron en una dolorosa vigilancia desde que lo encontraron en el retiro donde se había ido a vivir en 1938: la abadía de Saint-Benoit-sur-Loire, en la que un fraile amigo le consiguió albergue cuando el poeta decidió pasar lo que le quedaba de vida lejos del mundanal ruido.

Max Jacob fue un gran sufridor desde su infancia. Maravilla leer sus poemas ágiles, optimistas y hasta juguetones, y pensar en que los escribió un hombre que padeció constantes agobios de pobreza, alifafes y soledad. Nació en Quimper, el año 1876, en la tienda de ropa hecha que tenían sus padres. Su infancia fue triste, enfermiza y abofeteada. Su madre le pegaba sin descanso. Un día, Max trató de suicidarse, y cuando el padre le encontró ya colgado de una bufanda, le dijo por todo comentario: "¿No te da vergüenza de jugar todavía como un niño?" Otro día, después de haber descubierto que tenía ciertas condiciones para la pintura (y de ahí debió venir lo que dijeron de él a su fallecimiento), se largó a París, sin despedirse de nadie, como era lógico en sus circunstancias, y con veintinueve francos robados del cajón de la cómoda de su madre. Protegido por su poderoso correligionario Arthur Meyer, hizo crítica de arte—"comme tout le monde"—en el diario "Le Gaulois". Al celebrarse la primera exposición de Picasso en París (1901), Max se presentó al pintor español con unos cuadros y unos poemas. Picasso le dijo: "Tú eres el único poeta de la época", y Max dejó de pintar y se dedicó a la poesía.

Durante aquellos años se alimentaba muchos días con sólo una libra de pan acompañada de un vaso de vino tinto. Picasso le dio unos dibujos suyos para que los vendiera, y el poeta empezó a ganar un poco de dinero (los dibujos los vendía a veinte céntimos a un fabricante de cates) y a frecuentar cierta vida que le permitía comer en las reuniones sociales, donde fue llevado por Braque y otros amigos cubistas. Se aprovechaba, especialmente, cuando era invitado a una Embajada. Por ganarse algunas perras más, se dedicó a cartomancero y quirólogo, sin mucha convicción de su menester. Estuvo una vez más a punto de quitarse la vida, y Picasso fue quien se lo llevó a vivir con sus amigos al "Bateau-Lavoir", donde, por lo menos, encontró comida, un colchón y una cálida amistad. Entró como empleado en unos grandes almacenes, pero allí sedujo a una dependienta, y los dos fueron echados de la casa.

Una tarde, al volver a su habitación, le sucedió el gran acontecimiento de su vida: encontró a Cristo. Max Jacob aseguraba en sus confesiones que "lo vio". He aquí cómo lo contaba: "He vuelto de la Biblioteca Nacional. Busco mis zapatillas y, cuando alzo la cabeza, hay alguien sobre la pared. ¡Hay alguien en la tapicería roja! ¡Mi carne ha caído por tierra!

¡He sido desnudado por el rayo! ¡Oh imperecedero segundo! ¡Oh verdad, verdad, verdad! ¡Lágrimas de verdad! ¡Alegría de la verdad! El cuerpo celestial está en mi pobre habitación. ¿Por qué, Señor? ¡Oh, perdonadme! Está en un paisaje que pinté hace tiempo, pero es Él. ¡Qué belleza! ¡Qué elegancia y qué dulzura!"

A partir de aquella tarde, Max se pasó un año yendó diariamente a la iglesia para llorar y rezar (son sus propias palabras), y en 1915 recibió el bautismo. Esta tardanza se debió, más que a su disposición, a que el primer sacerdote encontraba díz o con quien fue a hablar de su visión, no le quiso creer (cosa quizá razonable), pero tampoco le quiso ayudar (cosa absolutamente irrazonable). Mala fortuna, o quizá que el camino que Dios le había elegido era el de la prueba de esa añadidura de sufrimiento. Luchas durísimas siguieron a su bautismo. Las fue venciendo. Su vida casi monacal no le impidió escribir libros de poesía: originalísima, novísima, que cuentan desde el pintoresco título de "Les penitents en maillois roses" hasta "Actualités éternelles". Fue uno de los paladines del arte nuevo y colaborador frecuente de las más exigentes revistas. Hasta el día en que decidió llevar una vida aún más (para decirlo con el título de un libro de Hardy) "far from the madding crowd", y se retiró a la abadía, donde vivía, en seglar, en una habitación junto a la del portero. Cuando algún visitante le hablaba de París, el poeta le contestaba que no tenía ningunas ganas de volver, que era feliz allí, y le contaba su vida cotidiana: levantarse a las seis, oír misa, comulgar, pasear, charlar con el portero, con el fabricante de zuecos y con el hombre que conducía la carreta de la leña. Y escribir, escribir versos de aprendiz de mago, arrepentido, pero funambulesco.

Allí estaba cuando llegaron los invasores. Lo detuvieron, lo soltaron, volvieron a detenerlo, no cesaron de humillarlo. Max recibía todo esto con paciencia, y se iba agotando poco a poco. Pero no perdió la paz, en medio de la guerra. Allí fue sepultado por los frailes. "¿Quién lo hubiera dicho?", he aquí una de las frases más repetidas y más inútiles. No hay motivos para sonreírse al oírlo, porque la vida está llena de esos "¿quién habría podido pensar que...?" Justamente por estar llena de esos misterios, unos favorables, otros infortunados, la vida es siempre inesperada, siempre admirable en última instancia. De lo que no me cabe duda es de que si a mí me hubiesen anunciado, cuando tenía veinte años y leía a Max Jacob en "Cahiers libres", que aquel poeta "inocente a fuerza de ser carnavalesco"—como habría dicho Baudelaire—iba a terminar tan santamente, yo habría sonreído con una suficiencia que, gracias a Dios, tampoco me sirvió para nada.

José María SOUVIRON



Retrato de Max Jacob, pintado por Vázquez Díaz.